

Hirache, pues,—más afortunado que otros célebres monumentos de Navarra que hoy yacen arruinados—vá, aunque con distinto destino, á renacer de sus cenizas y á adquirir nueva vida; pero aun así no podemos menos de recordar con pena, y lamentar y execrar con toda el alma, las violencias odiosas, las inmundas profanaciones de que en Navarra, como en toda España, fueron objeto tantos venerandos monasterios que, á la vez que de baluartes de nuestra independencia en los siglos medios, sirvieron de sagrado asilo para las ciencias y las artes, y de puerto de refugio á los desgraciados.

Cuando se contemplan los tristes restos de Leire, Iranzu, Hirache, la Oliva, Fitero, y otros y otros monumentos que eran orgullo de nuestra tierra y admiracion y envidia de extranjeros; cuando se piensa en la influencia civilizadora que ejercian en el pais estos santos cenobios bajo el doble aspecto moral é intelectual; cuando se recuerda que aquellas innapreciables bibliotecas y archivos, fuentes de la historia, han sido saqueados y destruidos en su mayor parte, yendo á parar los Códices y los Cronicones antiquísimos á puestos de feria—como ha sucedido con los Becerros de Hirache y la Oliva—ó se han destinado, despues de desgarrarlos, á envolver especies; cuando se considera que alguno de esos benéficos retiros, donde habes se escuchaban las voces de la ciencia y los consuelos de la caridad cristiana, ha sido ocupado por un licenciado de presidio—comha tenido el dolor de ver el que esto escribe,—el rubor asoma al rostro, y no es posible dejar de maldecir, en nombre de la civilizacion y de la verdadera libertad, la brutal tiranía que hipócritamente ha realizado tan vandálicos actos, arrebatando al arte joyas valiosísimas, y á la patria monumentos conmemorativos y páginas irremplazables de su gloriosa historia.

JUAN ITURRALDE Y SUIT.

*
* *

Casa solar de San Ignacio de Loyola

Entre los monumentos religiosos y artísticos más notables de las provincias bascongadas se cuenta el suntuoso colegio de Loyola, que se levanta á corta distancia de la villa de Azpeitia, en medio de una fértil llanura regada por las aguas del Urola.

Este famoso edificio, de renombre universal, fué erigido en el siglo XVII bajo la direccion del distinguido arquitecto D. Cárlos Fon-

tana, prévia cesion hecha por los poseedores del terreno con la expresa condicion de que no se demoliera pared alguna de la casa solar en que nació el célebre guipuzcoano San Ignacio de Loyola.

Como parte integrante del célebre Colegio de este nombre se conserva, pues, la llamada *Casa Santa*, que se encuentra en una especie de zaguan ó pórtico que comunica con la clausura en el primer departamento de la casa, y cuya fachada ó portalada reproducimos hoy en la página 205, gracias á la eficaz cooperacion de nuestro estimado colaborador D. Juan Iturralde y Suit.

La arquitectura de este trozo de la casa solar de San Ignacio data, sin duda, de los tiempos feudales, y en el último piso, que se supone fué habitado por San Ignacio; ántes y despues de su conversion, hállanse la alcoba y el mismo cielo de la cama riel Santo, destrozado por los años, pero que deja traslucir la elegancia del damasco y del fleco de plata que aun lo guarnecen.

A este reducidísimo dormitorio dá paso una pieza destinada á sacristia, donde se hallan dos piezas de mármol, obra de singular mérito en todos conceptos.

En la pieza lateral de la alcoba está el llamado oratorio, lugar de suma devocion y muy concurrido en los últimos dias del mes de Julio, para prosternarse ante la imágen del Santo, en cuyo pecho se descubre uno de los huesos extraidos del cuerpo mortal de Ignacio.

El úrea del oratorio es de forma cuadrangular, su pavimento es de tabla y la elevacion del recinto como de unos diez piés; asi que lo único que escita allí la curiosidad es la tradicion inalterable que señala la morada en la que San Ignacio tuvo la vision de San Pedro á su regreso del cerco de Pamplona.

En el artesonado hay esculpidas varias figuras de estuco, alusivas á los milagros del nieto de Licona, entre las cuales sobresale una de San Francisco de Borja conferenciando con Ignacio ántes de vestirse el hábito monacal.

Sobre la puerta morisca del ex-castillo se hallan todavia el blason que usaba la casa de Recalde, y la pared de ladrillo de aquellos tiempos. En la lápida empotrada sobre el portal se lee:

CASA SOLAR DE LOYOLA.

Aquí nació San Ignacio en 1491.

*Aquí, visitado por San Pedro y la Santísima Virgen,
se entregó á Dios en 1521.*

Las armas que se vén grabadas encima de la puerta son una caldera colgada de unos llares en campo de plata, y á cada lado un lobo empinado agarrando el borde y las asas.

En la caldera, segun parece, se simboliza el distintivo antiguo de la rica-hombria de los parientes mayores de Cantabria, á quienes se concedía la bordasen en sus pendones, con facultad de levantar gente de guerra y de mantenerla á sus espensas; y en los lobos se representa el denuedo y fortaleza de que han de estar adornados los nobles que se obligan á servir á su principe.

Detrás de la puerta se guarda todavía la tranca con la que se cerraba por dentro, con señales de ser de tiempos antiguos, pues está ya gastada, y parece cierto que muchas veces la tuvo el Santo entre sus manos cuando era jóven.

No terminaremos estos apuntes sin recomendar á cuantos concurren á la villa de Azpettia no dejen de visitar el suntuoso colegio de Loyola, celebre por sus riquezas artísticas, y la casa solar, aneja al mismo edificio, en donde nació el famoso patrono de Guipúzcoa.

M.

Canciones de un pastor de Gorbea.

(TRADUCCION DEL BASCUENCE)¹

Canten, si gustan, sus glorias los guerreros, pero con más razon podemos cantar las nuestras nosotros los pastores y los labradores, porque en nuestros hechos nada hay lamentable.

No todos los guerreros más famosos fueron buenos; entre ellos hubo muchos malos; y aun perversos, cuyos hechos no son dignos de contarse.

Diré lo que muchos caudillos fueron en la guerra: causa de que muchas aldeas, villas y ciudades, que á no ser por ellos no hubieran conocido guerra alguna, por ellos quedáran para mucho tiempo sumidas en llanto.

Solo por salirse con la suya suscitaban guerras en que morían muchos soldados inocentes, pues el interés de un hombre solo arrastraba tras sí á miles de estraños á aquel interés.

(1) Véase el canto original en las páginas 152 y 153 de este mismo tomo.